



EL PENDIENTE DEL PIRATA

XUAN BELLO

Los bosques secretos

Sofñar que se juega es a veces mejor que jugar y la soledad, en muchas ocasiones, el mejor patio de recreo

Ya que estamos confinados, y hay que entretener el tiempo pues la inquietud anida en cada rincón de casa, tal vez sea el momento de soñar con las selvas interiores cuyo tamaño desborda la imaginación. Amplios bosques amazónicos, inmensos abedules de Siberia, húmedos bosques ocultos en el sur de Sri Lanka. Aunque la masa vegetal del planeta ha ido descendiendo desde que la industrialización se generalizó en el mundo, aún quedan sobre el mundo lugares para el secreto.

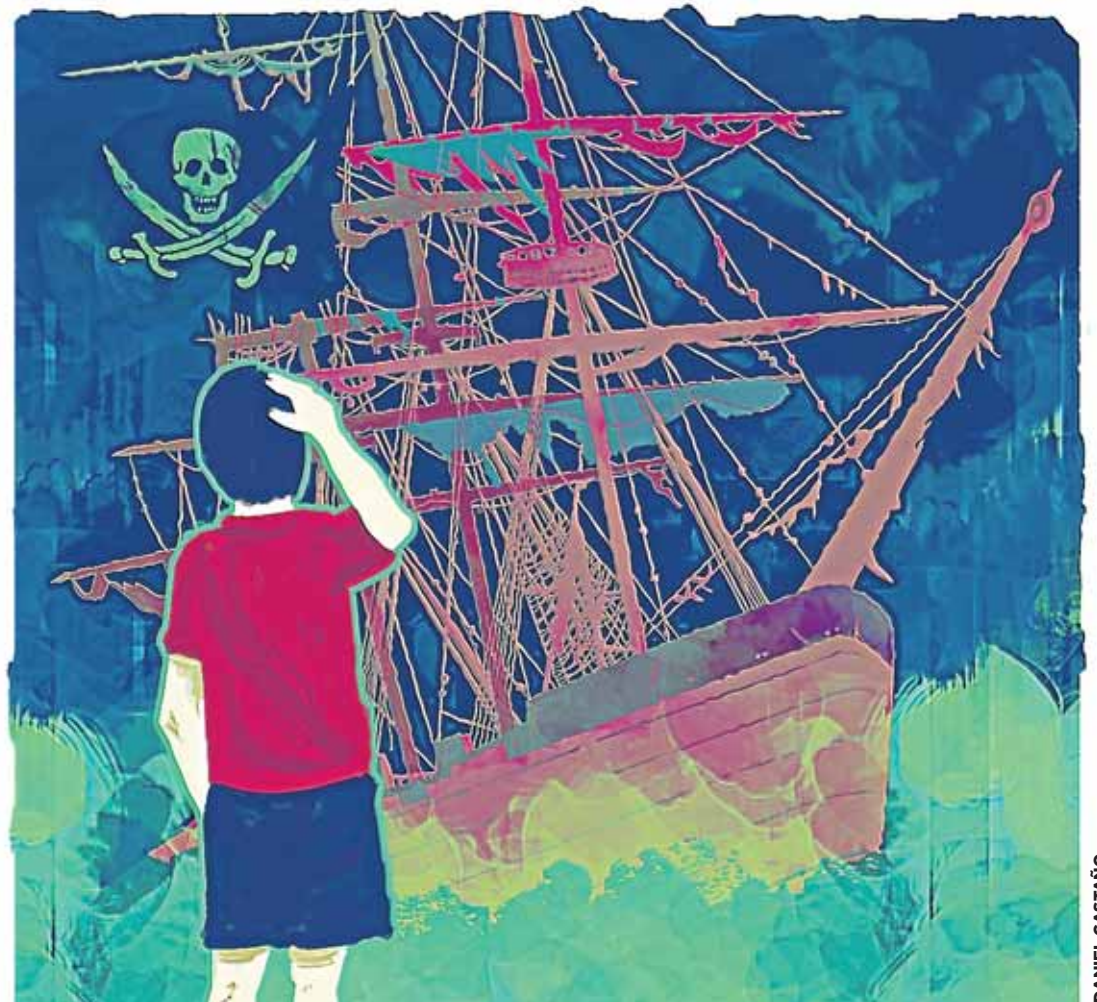
He sido niño de pueblo –más bien, niño que disfrutaba del largo veraneo en el pueblo– y conocí con muy pocos años la acogedora sombra de los castaños. Entre los prados de Zarréu y el río de Navelgas se extendía un bosque –un monte– que se llama del Rebollu. Había que cruzarlo para llegar a prados que se llamaba Curqueidar, Vaudés, Naveixas, Devanadoiru. Aunque estos prados eran grandes, capaces de abastecer de heno a tres o cuatro casas para el invernada, parecían islas mínimas entre la inmensidad del Rebollu. Flanqueados por un cierre de mimbres y avellanos, si alguien los viese desde el cielo, a vista de pájaro, descubriría un archipiélago ignoto donde cantaba el grillo.

Si cierro los ojos puedo sentir aún ese silencio verde, un silencio que no es silencio sino música sabiamente acordada. El rumor del viento entre las ho-

jas, las pisadas del caminante por un sendero abierto por los jabalíes, la voz del río al fondo. Daría lo que fuese por volver a aquellos días, por tener la expectativa de hallar la maravilla. Había cumplido ocho años cuando los de mi casa fuimos, como todos los años, a segar El Curqueidar, actualmente plantado de eucaliptos. Se iba muy temprano, con la comida y la merienda, y toda la familia cumplía con la obligación de sobrevivir al próximo invierno. Como era muy niño y mi pericia estaba condicionada por la pereza, de la que me arrepiento, en un descuido de los mayores me interné en el bosque, por la parte de Vaudés, en dirección al río.

No hay nada más grato que soñar despierto. Sofñar que se juega es a veces mejor que jugar y la soledad, en muchas ocasiones, el mejor patio de recreo. Los castaños altos y poderosos, las lianas de mi imaginación enredándose en ellos en busca de nidos de luz. Aunque tenía ocho años, conocía el sendero: si descendía siempre hacia la derecha llegaría muy pronto a un recodo donde el río se remansa y es muy bueno –debe de seguir siéndolo– para bañarse y pescar truchas a mano. El año pasado, y el año anterior, había ido con mi abuelo y lo recordaba perfectamente. No sé, me sentía seguro, cobijado, y sabía descifrar lo que decía la luz del día entrelazándose entre las copas de los árboles.

Juro que lo vi, que mi alma no se confundió, que no es un recuerdo que me haya inventado para combatir la soledad. A un lado, en un claro del bosque, rodeado por un muro aún no derruido de piedra, estaba varado un galeón pirata. Me res-



DANIEL CASTAÑO

tregué los ojos, no podía estar confundido. ¿Cómo había llegado allí aquel barco, surcando qué mares adversos? Viejo y un poco destartado parecía querer cumplir con su misión de hundirse, ya que no podía navegar más, pero había quedado varado en tierra fértil. Me subí a bordo y desde lo alto vi el río.

¡Cómo me sentí marinero de distancias, grumete que apunta en su memoria lo maravilloso para después contarlo! Pero volví donde estaba mi familia y, tal vez temiendo una reprimenda, callé lo que había visto en mi viaje hacia lo desconocido. Aunque por entonces los niños éramos más libres, y nos deja-

ban con frecuencia estar sueltos, sé que sin sigilo aquella aventura no podría haberse realizado. Me volví a asomar, por una puerta secreta entre los avellanos, al prado d'El Curqueidar:

–Pesqueste muitas truitas? –preguntó guasón mi abuelo.

No dije nada. Pero lo había visto. Muchos años después, en una buhardilla de la Calle Oscura, leí 'Cien años de soledad' de García Márquez. Cuando llegué a las páginas donde los vecinos de Macondo deciden internarse en la selva para ponerse en contacto con otros pueblos, descubren en medio de la selva, en un lugar imposible, un

galeón. Temblé de emoción, comenté lo que en mi infancia había vivido. Argumentando que estaba infectado de literatura, no me creyeron.

Al verano siguiente volví a Panceiros y, con el mismo sigilo de mis ocho años, volví por los caminos d'El Curqueidar y Vaudés. Estaba allí, allí lo había visto.

Y lo volví a ver: un inmenso tronco de castaño, caído, abierto por la naturaleza en forma de nave con su popa y su proa, su babor y su estribor. Me volví a subir a cubierta y oteé el horizonte. Ya había cumplido veinte años. De mi vida futura, como ahora, ¿qué sabía yo?

El álbum de fotos de Magris

P. M. Z.

Los tiempos favorecen que cualquiera saque con frecuencia el móvil para fotografiar algo que no tiene por sí mismo gran importancia pero que genera en nuestra cabeza una idea, un recuerdo, quizá una sensación que merece la pena conservar. Son imágenes que por supuesto se borran en la siguiente limpieza del álbum de fotos del teléfono. Una alternativa posible es cambiar la cámara por un cuaderno. Lo demuestra Claudio Magris en este librito que contiene alre-

dedor de cincuenta piezas breves –apenas una o dos páginas– en las que un detalle, una conversación, una noticia, una anécdota o un sonido dan lugar a una reflexión que asciende, se enreda y desaparece como una voluta de humo. Escritas entre 1999 y 2016, las instantáneas de Magris oscilan entre la epifanía y el apunte de actualidad, de modo que una puede estar dedicada al recuerdo de un encuentro nocturno en una ciudad y otra al problema que se vive en Trieste con la gente que orina en la calle. En ambos casos, la pieza esta-



INSTANTÁNEAS
CLAUDIO MAGRIS

Trad.: Pilar González. Ed.: Anagrama. 156 páginas. Precio: 17,90 euros

rá atravesada por una ironía suave y elegante, pero a su manera demolidora. Magris, premio Príncipe de Asturias en 2004, es un observador de modales impecables pero no es un juez benévolo.

Clásica en dosis diarias

MIGUEL MINGOTES

'Una dosis diaria de música clásica', dice en la portada y así es: un día, una música, una explicación. El viernes 20 de marzo entró la primavera; ya vinieron los golondrines (hay una en la anunciación de Fray Angélico), ya hay margarites y otras flores silvestres, más silvestres con be.

El domingo entra la de Vivaldi por la página 98. No salga; está en Youtube: Alana



UN AÑO PARA MARAVILLARSE
CLEMENCY BURTON-HILL

'Una dosis diaria de música clásica' Editorial Urano 434 páginas, 25 euros (a 5 céntimos por día)

Youssefian, Vivaldi Four Sessions, Spring complete (11' 09").